



Los troncos de Bracho

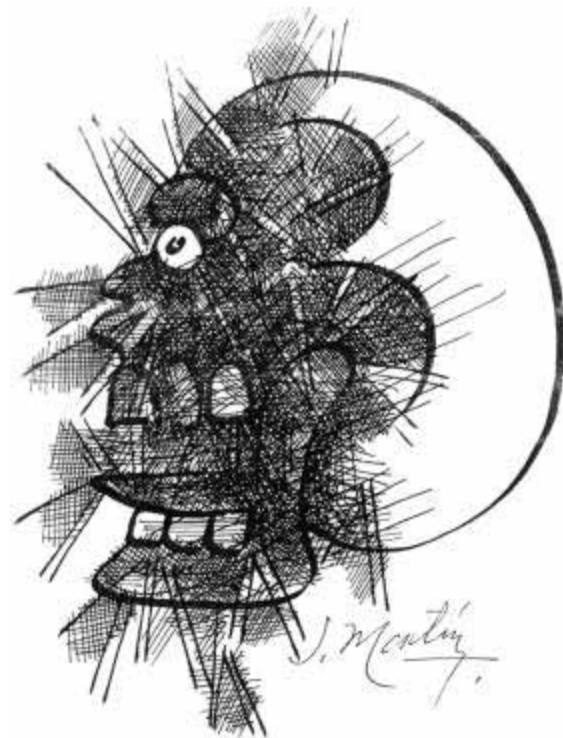
CARLOS BRACHO

TRANCO I

Aquí, señoras y señores, van ustedes a saborear el lenguaje picante, rico y mordaz de nuestro ínclito escritor, al que, de más está decirlo, los asuntos que se refieren a la política nacional lo han atraído desde siempre, y como este tres veces H. Consejo Editorial, desea que fluya libremente el diálogo entres lector y escritor, dejamos que corra la tinta y a gozar se ha dicho:

De verdad que causa pena. Es cierto de toda certeza, y digo que es tanto el barullo que arman los políticos mexicas que actúan en este famoso circo de tres pistas, son tantas las barbaridades que ocurren que me siento rebasado totalmente, en todos los sentidos. Sí, los acontecimientos me llenan la mente, la agenda se me complica, los chismes inundan mi libreta, los dimes y diretes colman mi libro de archivo, los giros y los bandazos que dan los diputados y las senadoras y los funcionarios foxistas, que ya no sé ni para dónde voltear la vista; sí, lector, por ejemplo, está a la vista pública aquello de: “dije que sí, pero no dije cuando”, abundan los: “ni sí, ni no, sino todo lo contrario”; campea en el ambiente el discurso que propone un sí, pero que en la realidad se convierte en un no; abunda en la pista coti-

diana el que afirma que lo que era color de rosa, ahora se ha vuelto color de hormiga. Sí, hay en esas pistas del circo, confusión, malabarismos baratos, prácticas políticas que en realidad son patadas debajo de la mesa, patadas que en el trasero se dan entre ellos y ellas; existen las cuchilladas por la espalda, abundan las zancadillas proditorias, los gestos malignos, hay caras de fuchi, se emiten señales de ferrocarrilero, vuelan ajos y cebollas, se ven los truenos, rayos y centellas, estallan los relám-



Jesús Martínez

pagos de ira; en las pistas se ven los gritos y sombrerazos, escuchamos las mentadas a la progenitora, asistimos al circo para mirar, estupefactos, las roqueseñales. Eso y más se deduce de la actuación de nuestros legisladores y de los miembros del tristemente célebre gabinetazo foxista; eso, ni más ni menos, es lo que nosotros los avergonzados espectadores vemos, leemos y escuchamos a diario. Eso es lo que contemplamos con horror sacrosanto. Eso es lo que pasa, claro, más lo que se acumule en la semana, eso es el espectáculo que los niños y las niñas reciben de sus políticos en turno. Esos malévolos festines de la estulticia es lo que nuestros jóvenes ven a cada momento, a cada instante. Y yo, señoras y señoritas, yo que debo escribir sobre las cuestiones que hay alrededor de las huestes políticas, trato de que no me salpiquen con su cinismo manifiesto, y además me pregunto: De tanto material periodístico que está a la luz, ¿cuál tomaré para mis escritos? De tanto y tanto pleito de vecindad legislativa, ¿a cuál tema me podré acercar? ¿A qué tema específico le dedicaré mi escrito? ¿A cual de todos los improperios que los diputados y las diputadas se lanzan con singular alegría debo referirme? Así que ante tanto exceso verbal y material, no puedo sino reflexionar y decir que el exceso mata. Señoras legisladoras, señores legisladores, no me maten, no maten la buena voluntad que todavía me –nos– queda. No acaben con la poca credibilidad que a ustedes y a los partidos políticos les tenemos. Hagan circo, sí, pero bájenle a esos excesos. Como dicen en mi pueblo, ni tan tan, ni muy muy; o sea que ni tan poco que no alumbre, ni tanto que queme al santo. Cálmense, tomen las cosas con respeto republicano, piensen.

–Creo que no es mucho pedir–, cambien de actitud, porque si nos cansamos –y estamos a punto–, si nos siguen atosigando, si nos siguen llenando de miseria intelectual, ustedes, políticos mexicanos, pueden despertar al México bronco que ronda en nuestras entrañas; si el presidente en turno es incapaz de pensar y ver la reali-

dad que lo circunda, eso es así, ya no hay remedio, a estas alturas se podría considerar como un mal menor, total en dos años lo sacaremos a patadas de Los Pinos y ya. Así que piénsenlo bien, no es cuento. Yo, usted, todos, ya no aguantamos discursos dobles. Ya no soportamos más mentiras foxistas. Ya no aguantamos más impuestos a la pobreza, y la mano dura contra el desposeído, y ya no soportamos la mano blanda para el rico, se lo digo. Ojo. No nos provoquen. No nos hagan sacar del ropero el retrato de Villa o el de Zapata, no nos hagan sacar de entre los trebejos el oxidado rifle 30-30. Calma y nos amanecemos. Vale, Abur.

TRANCO II

En este espléndido Tranco nuestro dilecto autor nos lleva –extrañamos sus escritos en los que ensalza y eleva y perfuma y goza de los requiebros de la mujer– por los caminos que el camina y que los camina bien –ya sabe usted, lector amable que a nuestro escritor no le escatimamos ningún adjetivo que lo eleve–, y eso nos indica que nuestro autor seguirá la ruta de la sátira política:

Amables y justos lectores de esta H. Revista del Búho, le contaré que el pasado fin de semana, era un viernes de lluvia, salía yo de mi democrática cantina, que por cierto lleva el nombre de “Mi Oficina”, y ya llevaba, entre pecho y espalda varios caballitos de tequila del mero mero de Jalisco, del blanco, del que raspa, pues. Y había ya escuchado cantar a Juanga y a Chente y a Chava Flores, y después de haber deleitado mi paladar con unas albóndigas al chipotle y unas tortillas de maíz –con acento en la “a”, como pronuncian en mi rancho, pues– morado, y unos frijoles refritos deliciosos, y después de haber entablado una todavía más deliciosa charla con un vecino de mesa, el cual, por qué no decirlo, me amenizó la tarde con sus sarcasmos y con sus dichos y con sus retruécanos y sus imitaciones y sus dichos llenos de iro-

nía pueblerina –cuando digo pueblerina, no lo digo en son peyorativo, sino todo lo contrario, lo digo en su justa dimensión humana–, y esa ironía del chómpiras de cantina me caía como anillo al dedo, andaba yo preocupado por la famosa “democracia” que dice practicar el señor que despacha en Los Pinos –democracia llena de tanques, de soldados, de cercos, de retenes de judiciales, de policías, de vallas metálicas, de guaruras de impunidad–, ironía y dichos y charlas que muy al pelo le caerían también a más de algún ciudadano adelantado en las artes de la crítica enderezada contra los hombres y las mujeres que se dedican cómodamente al oficio político. Sí, mi compa –por desgracia no recuerdo ya su nombre, para el caso es lo mismo, Lucio, Genaro, Emiliano– estableció y retrató y escenificó, con lujo de detalles los yerros foxistas –el señor Fox comete muchos yerros, pero esos yerros afectan, invariablemente a los más necesitados– y los comparó con las burradas que un compadre cometía en su todavía más lejana tierra, Colotlán, enclavada allá por el norte de Jalisco. Ese amigo de tequilas y chicharrones, las decía con todo el sabor ranchero –sabor real, de los de a de veras, no como el presidente en turno que no es ranchero, sino hacendado y rico, además– y las soltaba con toda la gracia campirana. Sí, lector pluscuamperfecto, sí, lectora rumbosa y bailadora, el tal compa de mesa, el vecino ocasional de Mi Oficina, el cuate de allí mero, que además era todo un actor consumado, con un fuerte parecido a don Fernando Soler –que como dicen los clásico, ojalá esté gozando de su descanso eterno–, y comenzó a imitar, sin más, al señor de las botas de charol, al señor del bigote, al señor alto que viven allí en Los Pinos, y de hablar dizque campirano, pero que mi compa afirmaba que no habla como campesino, no, ni nada que se le parezca; sino que habla como hablan los patrones burdos y safios e ignorantes. Y mire usted, lector sorprendido, resulta que toda la ecuménica cantina, con los visajes y con la personificación del tal señor Fox, toda la concu-

rrencia del lugar non-sancto, se pandeaba de risa, se carcajeaba a más no poder, y los golpes de los parroquianos contra la mesa hacían un coro casi griego que seguía las incidencias y las imitaciones geniales que del mero mero hacía el referido compa. Total, como al principio de esto digo, salí de allí reconfortado, salí alegre, salí pensando que el compa imitador era mejor que el original, y que no había comparación entre el presidente en turno –que con lo que hemos visto en estos cuatro años, la cosa da para más– y el actor en ciernes. Sí, yo de plano, mejor me quedo con este último, al menos este compa de Colotlán sí sabe lo que hace, ¿no? Ah, y para que no vaya a creer que esto que pasó en Mi Oficina no es cierto, pongo de testigos a varios otros amiguetes que conmigo estuvieron esa tarde: estaba Otto-Raúl, El Capitán Lujuria, Dionicius de Moraes, el tal Trejo Fuentes, y las dos meseras –que están de re chupete, ni modo– que allí nos sirven. Vale. Abur.

cbracho@prodigy.net.mx



Cuauhtémoc Rodríguez